

LECTURAS PARA  
ENCONTRARNOS

UN AMIGO  
PARA SIEMPRE  
DEL TAMAÑO  
DE UN HERMANO

Marina Colasanti



Presidencia  
de la Nación

Ministerio de  
Educación



tenemos  
patria

---

## **PRESIDENTA DE LA NACIÓN**

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

## **JEFE DE GABINETE DE MINISTROS**

Dr. Aníbal Fernández

## **MINISTRO DE EDUCACIÓN**

Prof. Alberto Sileoni

## **SECRETARIO DE EDUCACIÓN**

Lic. Jaime Perczyk

## **JEFE DE GABINETE**

A.S. Pablo Urquiza

## **SUBSECRETARIO DE EQUIDAD Y CALIDAD EDUCATIVA**

Lic. Gabriel Brener

## **PLAN NACIONAL DE LECTURA**

**Coordinadora del Plan Nacional de Lectura:** Adriana Redondo

**Coordinación editorial:** Natalia Volpe

**Diseño gráfico:** Mariel Billinghamurst, Juan Salvador de Tullio, Elizabeth Sánchez

**Selección de textos:** Silvia Paglieta, Jéssica Presman

**Revisión:** Silvia Pazos

**Colección:** Lecturas para encontrarnos

“Un amigo para siempre”, “Del tamaño de un hermano”, de Marina Colasanti

© Del texto original: Marina Colasanti, 1998

Título original en portugués: *Um amigo para sempre*

© De la traducción: María Teresa Andruetto

© De la primera edición en español: CalibroscoPIO, 2012

**Imagen de tapa:** Realizada por alumnos y alumnas de 2º B de la Escuela Secundaria San Martín de Porres de Villa Hidalgo, en el taller “Guiso gráfico” con el colectivo Onaire en noviembre de 2013. Proyecto La lectura como lazo social (Plan Nacional de Lectura y Área de Inclusión Democrática en las Escuelas).

Ministerio de Educación de la Nación

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura

Pizzurno 935 (C1020ACA). Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129-1075 / 1127

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, junio de 2015.

# UN AMIGO PARA SIEMPRE

*Esta es una historia real. La historia de Luandino Vieira, escritor de Angola que luchó por la independencia de su país. Pero es una historia tan linda que a mí me gustaría haberla inventado.*

Porque pensaba diferente de los que gobernaban su país, aquel hombre estaba preso.

Permanecía solo en una celda. Una vez por día iban a buscarlo y lo llevaban a tomar sol. Era importante que tomara sol, para no morir. Los que lo tenían preso no querían que muriese.

Allá afuera había una especie de gran jardín rodeado de muros altos, y vigilado. En verdad, no era un jardín, porque no tenía canteros. Pero era, sí, un jardín en el pensamiento del hombre, porque tenía flores, los árboles diseñaban manchas de sombra en el suelo, y había pájaros.

Todos los días, entonces, el hombre recogía la felicidad que era capaz de conseguir, y esperaba la hora de la salida. Estaba siempre sonriendo el alma que atravesaba la puerta mayor, y penetraba en la luz. El rostro no, no sonreía, porque no quería que sus carceleros lo supieran.

Al comienzo, cuando salía, llevaba un libro, para quedarse leyendo acostado sobre la hierba, en aquel que era su pasatiempo. Después descubrió que el libro era innecesario porque aunque estaba abierto ante sí, él no lo leía; su mirada prefería posarse sobre las hojas, los tallos de hierba, las nubes, verde y azul que le hacían tanta falta al monótono ceniza del cielo.

A partir de entonces, comenzó a llevar un pedazo de pan. El pan sí era importante para aprovechar mejor aquella hora. Se echaba un pedazo en la boca y se quedaba masticando, masticando. Primero era el gusto mismo del pan. Después, con la saliva, iba vol-

viéndose gusto a trigo y, echado al sol, los ojos cerrados, el hombre podía imaginarse en un trigal, con alguna agua cercana, de fuente o de arroyo, que manaba traslúcida y en la cual se mojaría la cara cuando tuviera ganas.

Fue a causa del pan que un pajarito llegó más cerca. No mucho, claro. Pero un poco más que los otros. Lo suficiente como para que el hombre reparara en él y empezara a observarlo con atención.

Quería las migas. Tenía una cabecita delicada y redonda que inclinaba hacia un costado como si pensase cosas importantes. Y tal vez las pensase... Los ojos también eran redondos, tan brillantes como duros. Y duro era ciertamente el pico con el que picoteaba el suelo sin descuidar la peligrosa proximidad del hombre.

“Es”, pensó el hombre, “un pajarito valiente”. Y esparció las migas sobre el césped, retirándose algunos pasos para que él pudiera ir a buscarlas.

Al día siguiente, apenas si recordaba al pajarito. Sin embargo nuevamente, en cuanto partía pedazos de pan para llevárselos a la boca, él se destacó entre los demás y se aproximó saltando, pronto a volar al menor peligro, aunque arriesgándose un poco más. Y nuevamente el hombre premió con migas su coraje.

Así comenzaron a entenderse. Y a partir de entonces el hombre descubrió que la alegría de salir se juntaba con otra, la alegría de un encuentro.

Ahora, cada vez que atravesaba la puerta mayor para zambullirse al sol, se preguntaba si el pajarito estaría allí, esperándolo. Y siempre estaba.

Durante semanas, el hombre tuvo el cuidado de mantenerse quieto, casi inmóvil, cuando el pajarito se aproximaba. Después, moviéndose muy despacio, con gestos idénticos, dejaba caer las migas y retrocedía unos pasos. Siempre del mismo modo, para que el otro comprendiese que él no representaba riesgos.

Y el pajarito llegaba, daba pequeños saltos, se detenía, volvía

a saltar. Hasta llegar a picotear las migas, siempre atento a las actitudes del hombre.

Ese era el modo que tenían de conversar. Y para el hombre, que no hablaba con nadie, era una larga conversación.

Un día, retrocedió un paso menos. El pajarito vaciló pero se acercó.

Descubriendo que había hecho una conquista, el hombre le dio tiempo a su pequeño amigo para que se acostumbrase.

Después de muchos días, nuevamente acertó la distancia.

Y el pajarito se acercó.

Una alegría mayor afloró en el pecho del hombre. Sabía que era cuestión de tiempo y paciencia.

Y él tenía mucho de ambas.

Poco a poco, sin hacer nada que pudiera asustarlo, fue llevando al pajarito hacia sí. Retrocedía un poco menos. Dejaba caer las migas en dos tandas, contando con que, comidas las primeras y viendo otras tan a su alcance, el pajarito se aproximaría más.

En ese juego se pasaron meses. Y es probable que el corazón del pajarito ya no palpitara más rápido el día en que fue a buscar sus migas en medio de aquellos zapatos oscuros. Pero el del hombre palpitó.

Faltaba mucho todavía. Porque la distancia entre los zapatos y la mano era tal vez más difícil de superar que los metros de hierba que ya habían sido vencidos. Pero el tiempo no parecía tener límites. Y la paciencia se hacía más grande a medida que aumentaba el amor.

Así se fueron los meses. Algunos. Muchos, tal vez.

Y, de murmullo en murmullo, se difundió en la prisión que aquel hombre había domesticado a un pajarito. Y que todos los días, cuando cruzaba la puerta mayor, llegaba el amigo entre cantos y batir de alas, a comer en su mano.

Pronto, los hombres de las otras celdas quisieron ver. Algunos se quedaron mirando por las ventanas, entre las rejas. Otros, que

salían con él, empezaron a acompañarlo en su paseo por el jardín. Y todos llegaban y comprobaban: había un pajarito que confiaba en un hombre y le hacía fiestas, y se posaba en sus dedos para comer migas en la palma abierta.

Otros intentaron hacer la misma cosa, deseosos también de tener amigos. Pero a pesar del deseo y de las migas, ninguno lo consiguió. Entonces aquel único pajarito, que solo reparaba en aquel hombre, se volvió un poco el pajarito de todos.

Y fue tal vez por eso que, pese a que una luz de victoria ascendió a los ojos de todos ellos, ninguno hizo un gesto ni soltó una exclamación el día que el hombre tomó una miga entre los dientes y el pajarito fue a buscar la comida en su sonrisa.

Pasó el verano. Llegó el invierno. Pero el invierno no era riguroso en aquel país, había flores, los pájaros no migraban.

De ahí el espanto del hombre el día en que el amigo no fue a buscarlo a la entrada del jardín. No lo vio buscarlo, ni apareció ante sí. Por primera vez. Y la hora que tenía para ser feliz se extendió dilatada entre los árboles.

Al día siguiente, una punta de angustia hirió al hombre en su celda, mientras esperaba salir. Caminando hacia la puerta mayor, intentó escuchar a lo lejos el canto de aquel pájaro, pero algo le decía que, además del sol, nada lo esperaba tras los pesados portales.

El pajarito no fue aquel día. Ni al otro. Ni otro cualquiera.

Al comienzo, el hombre quiso inventar justificaciones. Pensó que había sido cazado, o que había partido a hacer nido. Pensó que habría encontrado migas más suculentas o familiares.

Pensó en cosas así, que disminuyesen su tristeza por la pérdida del amigo.

Sólo después, cuando ella fue disminuyendo, él pensó en cosas más simples. Que el pajarito había seguido su destino fuera cual fuese. Un destino que lo llevaba lejos de ahí. Como el de él, alguna vez, también lo llevaría, lejos de aquel jardín, para siempre lejos de aquellos muros.

# DEL TAMAÑO DE UN HERMANO

Tenía un hermano pequeño, y a nadie más tenía. Hacía mucho tiempo, desde la muerte de sus padres, habitaban los dos solos en esa playa desierta, rodeada de montañas. Pescaban, cazaban, recogían frutos y se sentían felices.

En verdad, tan pequeño era el otro, apenas como la palma de su mano, que el mayor encontraba normal ocuparse él solo de todo. Pero atento siempre a la vigilancia de su hermano, delicado y único en su minúsculo tamaño.

Nada hacía sin llevarlo consigo. Si era día de pesca, allá se iban los dos mar adentro, el mayor metido en el agua hasta los muslos, el menor a caballo en su oreja, ambos inclinados sobre la transparencia del agua, esperando el momento en que el pez se acercaría y ¡zas! caería preso en la celada de sus manos.

Si se trataba de cazar, salían hacia el bosque, el pequeño acomodado a sus anchas en la alforja de cuero, el grande caminando a largos pasos por entre los arbustos, en busca de algún animal salvaje que les garantizara el almuerzo, o de frutas maduras y jugosas para calmar la sed.

Nada faltaba a los dos hermanos. Pero en las noches, sentados frente al fuego recordaban el pasado, cuando sus padres aún estaban vivos. Y entonces la casa entera parecía llenarse de vacío y, casi sin advertirlo, comenzaban a hablar de un mundo más allá de las montañas, preguntándose cómo sería, si estaría habitado, e imaginando la vida de aquellos habitantes.

De una en otra suposición, la charla se ampliaba con nuevas historias que se ligaban entre sí, prolongándose hasta la madrugada. Y, durante el día, los dos hermanos solo pensaban en la lle-

gada de la noche, hora en que habrían de sentarse junto al fuego a recrear ese mundo que ignoraban. Y la noche se fue haciendo mejor que el día, la imaginación más seductora que la realidad.

Hasta que una vez, ya cerca del amanecer, el pequeño dijo:

-¿Por qué no vamos?

Y el mayor se sorprendió de no haber pensado en algo tan evidente.

No tardaron mucho en los preparativos. Reunieron algunas provisiones, tomaron pieles para enfrentar el frío de las montañas, cerraron bien la puerta de entrada. Y se pusieron en camino.

Montado en la cabeza del hermano, asegurando con vigor las redes de su cabello, el pequeño se sentía tan valiente como si también él fuera alto y poderoso. Cabalgadura de su hermano, pisando con firmeza tierras cada vez más desconocidas, el mayor se sentía estremecer por dentro, como si también él fuera pequeño y delicado. Pero los dos cantaban sin cesar, estaban juntos, y aquella era su más linda aventura.

Después de algunos días de marcha, el suelo dejó de ser plano, y comenzó la cuesta de la montaña. Subieron por caminos abiertos mucho antes por los animales, inventaron atajos. Desde la cabeza del hermano, el pequeño indicaba los rumbos más fáciles. Y el grande se aferraba a las piedras, rodeaba zanjones, bordeaba precipicios. Cada día más frío, el viento les arañaba el rostro. Nubes densas cubrían su canto. Acampaban por la noche entre las rocas, envueltos en pieles. Y al amanecer proseguían su lenta ascensión.

Tanto subieron que un día, de repente, no hubo ya modo de subir más. Habían llegado a la cima de la montaña. Y de allá arriba, extasiados, contemplaron por fin el otro lado del mundo.

Qué bonito era. Y tan diminuto, en la distancia, y tan limpio y bien dispuesto. Las colinas descendían, suaves, hasta los valles, y los valles sembrados de huertos y campos estaban salpicados de aldeas, con casitas y gentes muy pequeñas que se movían a lo lejos.

Alegres, los dos hermanos comenzaron a descender. Bajaron y bajaron, por caminos ahora más fáciles, trazados por otros pies humanos. Pero, curiosamente, por más que avanzaban, las casas y las personas no parecían crecer tanto como habían esperado. Ellos estaban cada vez más cerca, y los otros seguían siendo pequeños. Tan pequeños tal vez como el hermano que, desde su alto mirador, espiaba sorprendido.

Casi estaban llegando a la primera aldea, cuando oyeron un grito, y después otro, y vieron que todas aquellas personitas corrían a encerrarse en sus casas, cerrando luego tras de sí puertas y ventanas.

Sin entender cabalmente lo que sucedía, el hermano mayor depositó en el suelo al pequeño. Y este, viéndose por primera vez en un mundo de su tamaño, infló el pecho, irguió la cabeza y, pisando con determinación, se acercó a la casa más próxima. Llamó a la puerta, y esperó.

A través de la hendidura que se abrió con cautela, dos ojos, exactamente a la altura de los suyos, espionaron. Silencio al otro lado de la puerta. Pero un segundo después también las alas de la ventana se apartaron levemente, dando espacio a la vivaz curiosidad de otro par de ojos. Y en cada casa se abrieron temblorosas otras hendiduras, asomó tras ellas el destello de otras miradas. Al principio recelosas, casi encogidas entre los hombros, después más osadas, estirándose, surgieron cabezas de hombres, de mujeres y de niños.

Cabezas pequeñas, todas minúsculas como la de su hermano, pensó el mayor, mientras trataba afanoso de comprender. No había nadie allí que fuera grande, nadie de su propio tamaño. Y sin duda sucedía lo mismo en las aldeas vecinas, en todas aquellas casas que él había creído pequeñas solo a causa de la distancia.

El mundo, descubrió con súbito sobresalto al comprender por fin la realidad, estaba hecho a la medida de su hermano.

Entonces vio que este, tras hablar con los habitantes de la casa, volvía hacia él tendiéndole la mano. El hermano, que siem-

pre le pareciera tan frágil, lo llamaba ahora con dulce firmeza. Y él se inclinó hasta tocar su manecita, y se dejó guiar hasta las gentes de la aldea, frágil y único gigante en este mundo.

## MARINA COLASANTI

Escritora, editora, traductora ítalo-brasileña (Asmara, 1937). Nació en la antigua colonia italiana de Eritrea, en el noreste de África, donde transcurrió su primera infancia; luego se trasladó a Italia y a los once años llegó a Brasil donde reside desde entonces. En 1952 ingresó en la Escuela Nacional de Bellas Artes y se especializó en grabado en metal. Desarrolla actividades periodísticas como editora, cronista e ilustradora; también se destaca como traductora. Comenzó a publicar textos propios en 1968; desde entonces ha escrito más de cuarenta libros, tanto para el público adulto como para el infantil y juvenil.

Algunos de sus libros disponibles en castellano son: *En el laberinto del viento*; *Una idea maravillosa*; *Ana Z., ¿dónde vas?*; *Lejos como mi querer y otros cuentos*; *La joven tejedora*; *Ruta de colisión*; y *Un amigo para siempre*; los dos últimos traducidos por María Teresa Andruetto. Su obra ha sido distinguida con el premio Jabuti de la Cámara Brasileña del Libro en

